ñanza, y concurrir por nuestra parte á la difusion de las luces, esa primera necesidad del siglo en que vivimos; diré mas bien; ese gusto natural de todos los siglos.

¿Qué quiere decir esto? Que se multiplican las escuelas; pero que se temen las buenas. El número de aquellas, sin embargo, no podrá salvar al pueblo; la administracion oficial de la educacion no hará mejor que ésta. Se atienen á un órden exterior, y se huye del órden moral; se disciplina la enseñanza, y se le quita la inspiracion. No me quejo de que se instruya al pueblo; de lo que me lamento es de que se le instruya mal; tampoco repruebo que se le den maestros, pero desearia que se le dejasen los buenos.

CAPITULO X.

Los amigos del pueblo.

El error de la política consiste, pues, en querer encerrarlo todo en su sistema administrativo, y desconfiar, sin motivo, de lo que es útil al pueblo, de la beneficencia misma y de la caridad

Error grave, amigo mio, en que el pueblo pierde mucho y la política gana muy poca cosa. Es seguro que esa intervencion del Estado en las cosas relativas al celo cristiano y de pura benevolencia humana, quita el bien que podria hacerse, esa libertad y abandono que provocan la gratitud y el amor. Véase la diferencia del amigo del pueblo, que bajo la inspiracion de la piedad marcha en busca de los padecimientos para aliviarlos, y del administrador público que se fatiga formando cuadros estadísticos de la mendicidad, para dar bases seguras para la reparticion que ejecuta la beneficencia. El primero

pasa entre los hombres como un ángel descendido del cielo; el segundo pasa des apercibido por los que sufren, y si abre su mano para verter la limosna, ésta cambia de nombre: no es un beneficio, sino un cálculo.

Así es que la política no tiene ni aun el mérito de su benevolencia para los hombres. Cuando quiere administrar la beneficencia, el pueblo no ve en ello una efusion de amor, y entonces todo pasa oficial y friamente entre el Estado y el pueblo. Este ve en la caridad del Estado un derecho adquirido, en que para nada entra el deseo de hacer bien, en que todo está arreglado é impuesto con anticipacion por medio de ciertas convenciones, las cuales no se explica á sí mismo, pero supone mas fuertes que una mala voluntad. De lo que se deduce que los beneficios públicos, de cualquier clase que sean, no hallan corazones dispuestos para recibirlos; se aceptan con indiferencia, y algunas veces se goza de ellos con desagrado, como si se sospechase que no son lo que deberian ser; y en fin, se ejerce la *oposicion* aun contra la caridad.

Ved una observacion algo política, pero cuya aplicacion no extenderé mas allá de nuestros estudios presentes. Mientras

mayor suma de influencia moral ha perdido el poder humano, mas ha querido extender su accion material, pensaba indemnizarse y se ha debilitado. La accion material no se adquiere sino con detrimento de la autoridad.

Era preciso dejar á las ideas cristianas el tiempo necesario para restablecerse. Se ha temido la caridad si era independiente; ella sola puede introducir la armonía entre los hombres. Queriendo administrarlo todo, hasta la beneficencia, se le ha quitado su encanto; despojando al sufrimiento de su mas dulce consuelo, que es la gratitud.

Ademas, es preciso confesarlo, hay en la beneficencia legal y oficialmente administrada algo duro y despreciable, que no puede provocar el afecto.

Véase lo que pueden hacer los amigos del pueblo cuando no están inspirados por el amor cristiano. Pueden establecer depósitos de mendicidad y casas de correccion. Eso es todo; y aun cuando pueden hacerlo, no lo pueden gobernar.

Nada hay en esto de asombroso. ¿Es dada al hombre, si no tiene caridad en el corazon, arrojarse en medio de las miserias humanas, y consolarlas ó curarlas á fuerza de atenciones y de ternura? No

pudiendo aliviarlas, se reglamentarán por fuerza. ¡Ah! eso es muy fácil.

Se recogen en nuestras ciudades todos los desgraciados ó vagabundos, virtuosos ó criminales que en ellas se encuentran; pero, sobre todo, criminales que están estenuados por el hambre, y piden la caridad al rico que pasa junto á ellos. En seguida se amontonan en confusa mezcla á esos hombres recogidos de esa manera por una caridad feroz, y se arrojan en una gran cloaca, que se llama depósito de mendicidad, custodiados por una guardia de policía, en donde disfrutan las dulzuras de un calabozo y los consuelos de un presidio. Esto es lo único que puede hacerse; mas yo es pregunto, amigo mio, si eso es humanidad, y si el pueblo puede conservar en su alma algun afecto por tales consuelos dados á la miseria y al dolor.

O bien, espantado de las disposiciones se revelan algunas veces en la juventud entre niños sin educacion y sin cultura, el Estado les abre asilos, en donde con atenciones y trabajo, podrá guíarseles por el camino de la virtud. Pero si solo el Estado penetra en esos retiros, si la caridad no es viva y representada por maestros ejercitados en aplicar la mano á las

enfermedades de la vida humana, ¿qué otra cosa será esa correccion, sino una excitacion dada á una perversa inclinacion? Se quiere marchar al encuentro de los vicios para corregirlos, y se les da pábulo y alimento. Se quiere prevenir el odio, y se enciende.

Solo la caridad forma los verdaderos amigos del pueblo, y solo ella abraza á los pobres para bendecirlos, y á los malos para corregirlos.

Si las instituciones del Estado se confiasen á la religion, aprovecharian al Estado, por el bien que harian al pueblo. Los desgraciados no las verian como una amenaza, sino como una proteccion. La vejez entraria en esos asilos sin espanto, y la infancia saldria de ellos sin infamia. Serian curados igualmente los vicios y las desgracias. Unos y otros tienen igual derecho á la piedad, y es un triste error buscar el remedio en una policía que solo seria implacable.

Que los amigos del pueblo no se nutran, pues, con quimeras. El bien del pueblo no ha de nacer de sus teorías administrativas, ni de sus sistemas sobre la pobreza. Escribirán libros, y dejarán al pueblo sus dolores. Establecerán casas de asilo, que serán un suplicio de mas para el pueblo.

Este tenia en otro tiempo sus amigos naturales, y abiertos los asilos. Eran los amigos, eran los asilos que le habia dado el cristianismo, y que el tiempo ha arrástrado en sus estragos. Mas el cristianismo, ¿no está siempre ahí y no podrá suplir con sus inspiraciones, lo que hizo en otros siglos? Al cristianismo es al que debemos pedir nuevos beneficios para el pueblo. Su fecundidad es inagotable, y su caridad maravillosa, porque puede amoldarse á todas las épocas.

Pero debemos dejarle la libertad de su accion. Si desconfiamos de sus beneficios, es porque queremos bastarnos con nuestra invencion de la policía. Entonces no nos glorifiquemos de ser los amigos del pueblo. Estos solo los produce la caridad. Ella ha llegado á convertirlos en mártires, mientras la filantropía no ha dado al pueblo mas que maestros ó corruptores.

CAPITULO XI.

De la libertad del pueblo.

Siempre que esa santa palabra del cristianismo se presenta bajo mi pluma, me veo tentado á dar rienda suelta á mi pensamiento, mas allá de los límites de nuestro humilde propósito. ¿Qué cosa no debe el pueblo al cristianismo? Quisiera poder decirlo con toda la franqueza de mis convicciones, que son las vuestras, amigo mio. Pero á lo menos que sepa el pueblo lo que le debe con respecto á la libertad.

¡La libertad se le muestra al pueblo! ¿quién se la da? Los que hablan mas de libertad, son los que caminan mas directamente al despotismo. La libertad es la mentira eterna de los dominadores.

El cristianismo no habla mas que de su mision y de humildad, y con estas palabras tímidas y clementes, destruye la servidumbre.

¿Qué cosa era la libertad del pueblo antes del cristianismo? ¿Lo sabe acaso el pueblo?

En primer lugar, ¿qué cosa era el pueblo? Era un rebaño conducido por un cayado de fierro, y nada mas. No hablo del pueblo en las monarquías, sino del pueblo en las repúblicas. En Roma, la república que mas queremos, porque preparó la renovacion del mundo, en Roma, el pueblo constituido por leyes privilegiadas, apenas aparecia ante la soberbia aristocracia del senado; ó bien era un cuerpo reducido á ciertos límites, fuera de los cuales encontrábais, en primer lugar, una inmensa plebe sin existencia, y despues una masa enorme de esclavos, considerados como *cosas*, y no como *personas*, es decir, como *cosas* de propiedad que el dueño mataba ó vendia, mutilaba ó ahogaba, segun su voluntad. Tal era el pueblo.

¿Se le ha dicho esto alguna vez? ¿Lo sabe? ¿Sospecha que hay en la tierra un poder, que se ha colocado enfrente de esas infames opresiones, y que ha restituido á los hombres en su dignidad?

No: ni siquiera lo sospecha. Hay maestros del pueblo para decirle, cuando es libre y feliz, que debe armarse contra los que mandan, romper su cetro ó su espada y sacudir el yugo de su poder, aun cuando tenga que apelar á la violencia y al asesinato. No hay personas que digan al pueblo que cuando era esclavo y se hallaba sumergido en la afliccion, y cuando ningun adulador se hallaba presente para alimentarlo con quimeras, la religion cristiana con sus sacerdotes desarmados, se dedicó á domar la tiranía, á ser humana la dominacion y á enternecer la ferocidad.

No se dice esto al pueblo. Quiere hacérsele creer, que se ha hecho libre por sus propias manos. Jamas ha sabido ni sabrá nunca mas que hacerse esclavo. Sin el cristianismo, sin ese misterioso poder que desata las cadenas en lugar de romperlas, el pueblo hubiera eternamente inclinado el cuello bajo la espada de sus señores. ¡El pueblo! ¿Acaso el pueblo no amaba á Nerón, el parricida, el verdugo, el incendiario? ¿No lo lloró despues de su muerte? ¿no persiguió su sombra como una esperanza? El pueblo no tiene fuerza mas que para destruir los poderes débiles ó buenos. Tiembla ante los poderes atroces, y algunas veces los adora.

Era preciso otra cosa que la voluntad del pueblo para que llegase á obtenerse

la libertad. Y decidme, ¿qué cosa és la libertad del pueblo en todas las regiones del mundo, en donde no impera aún el cristianismo? ¿Cuál es la libertad en Asia ó en Africa, en China ó en Turquía? ¿Cuál la de las poblaciones salvajes de la América? ¿y cuál, en fin, lo que se disfruta en los paises en donde el cristianismo no ha llevado aún las luces?

Dicen los filósofos: Dejad que llegue la civilizacion, que á ella la seguirá la libertad.

En buena hora; mas ¿de dónde ha de venir la civilizacion? ¿Tenemos en el globo un pueblo civilizado, que no sea cristiano y que sea libre? ¡Mostradlo!

Es una gran desgracia que no se enseñe al pueblo á conocer la fuente real de su libertad. No será necesario mas que recordarle la historia de la religion, á cuya sombra vive, sin conocerla. Esa religion parece no habérsele concedido mas que para el cielo; pero no, tambiem se le ha concedido para la tierra. Porque ella le proporciona cuanta felicidad puede apetecer.

Y al hablar al pueblo del cristianismo, ¿no es necesario hablarle tambien de sus sacerdotes? Los sacerdotes cristianos son los sacerdotes del pueblo, lo he dicho repetidas veces; son los sacerdotes de la libertad. Se le muestran al pueblo como tiranos, seria preciso presentarlos como libertadores.

Al pueblo de Francia, sobre todo, convendria estudiar el cristianismo y sus sacerdotes, bajo este punto de vista.

Ningun pueblo oyó nunca mas palabras de excitacion á la libertad. Esa palabra de libertad, resonó por todas partes con estrépito. Con esa palabra terrible se ha desgarrado nuestra existencia hace mas de medio siglo, por medio de revoluciones y de crímenes, de que el mundo jamas habia tenido ejemplo. Por la libertad hemos despedazado las cruces y violado los templos. Al mismo tiempo que los hombres mas corrompidos brotaban del fango para mandar al pueblo. ¡Oh libertad del crímen! tú no eres la verdadera libertad.

¿El pueblo no sabrá nunca, que en esa Francia, frecuentemente combatida por las tempestades, la religion ha estado siempre por el partido de la libertad, y tambien que la ha salvado de todos los peligros?

Existe en el clero cristiano un admirable instinto de libertad popular, que podeis seguir desde el principio de la mo-

narquía franca. El clero fué el que protegió á los galos contra la conquista, fué él quien defendió al pueblo contra todas las opiniones que deben regirla.

Amigo mio, ¿quién dirá esto al pueblo? ¿quién lo instruirá de los beneficios que debe al cristianismo? ¿quién le dará á conocer la libertad que de él ha recibido? y ¿quién le hará amar esa libertad? ¿quién los disuadirá de perseguir la libertad, tan diferente de los vicios y de los desórdenes?

Este es, sin duda, el punto mas dificil de esa educacion del pueblo que buscamos. El pueblo se alucina fácilmente con quimeras; ¿cómo podrá quitársele el gusto de las ilusiones? ¿Y cómo se cerrarán sus oidos á las palabras aduladoras?

La política intervendrá, sin duda, entre el pueblo y sus corruptores, y yo no la vitupero, si en esa empresa, obra con probidad y buena fé; sin embargo, la religion es la que desempeñará mejor ese oficio popular.

Hay una nocion de libertad, que es como una nocion de equidad y de virtud, cuya custodia es preciso dejar al cristianismo, porque de lo contrario, cada uno comprenderá á su modo la libertad, como comprende la justicia. Esa nocion es alta y soberana; abraza á la vez al poder y al

pueblo. Es preciso, pues, que descienda de una autoridad que pueda hacerla aceptar por todos.

La religion es la que cubrirá al pueblo con su proteccion y la que desarmará el poder; ella es la que dará justicia á las leyes, haciéndolas clementes ó iguales.

Los filósofos han escrito con frecuencia: *La religion es buena para el pueblo*, y decian mas verdad de la que pensaban. La religion, en efecto, es buena para el pueblo, porque es su salvadora. Sin ella, el pueblo seria presa ó juguete de los poderosos.

Otros han escrito que la religion era buena, como instrumento de la política, á fin de obligar al pueblo á la obediencia, y dar seguridad á los que mandan. Esos son unos viles traficantes de la libertad; ¡quién me inspirará bastante desprecio para arrojarlo á torrentes sobre ellos, y marcarles la frente como infames!

¡Ah! la libertad del pueblo no es una vana palabra. La educacion del pueblo seria afortunada si aprendiese á comprender todo su sentido. Sabria á qué uso lo destinan los que aspiran á convertirse en sus amos. La religion será la luz que le guíe; la religion, que es el buen juicio, aplicado á todas las cosas prácticas de la

vida. Un pueblo religioso está armado contra funestos consejos, y es fuerte tambien contra los avances de la tiranía. La religion infunde al pueblo una dignidad que impone á los opresores. *La religion, pues, es buena para el pueblo*, porque protege su libertad, y los filósofos pueden decir tambien, que es buena para los que mandan, porque los contiene en sus proyectos de violencia y arbitrariedad.

CAPITULO XII.

De los grandes y de los pequeños.

Ya lo veis, todo parece conducirnos naturalmente á un fin político, y llegamos á él por la marcha regular del objeto que en esta obra nos hemos propuesto.

¿Cómo tratar sin esto de la educacion del pueblo? y sin embargo, no temo abordar las cuestiones mas vivas que se han suscitado entre nosotros, y que han convertido al pueblo en un inmenso hogar

en donde fermentan las pasiones que incendian los imperios.

Hay una que nos es indispensable tocar.

¿Habrá eternamente hombres que manden y hombres que obedezcan? ¿Habrá eternamente poderosos y débiles, grandes y pequeños? ¡Oh! sobre este punto hay muchas quimeras con que deslumbrar al pueblo. Se le pueden incultar falsas ideas, y hacer que fragüe tan innumerables como perversos proyectos.

Por cortos que fuesen mis deseos por aparentar una elocuencia popular, haria lo mismo que otro cualquiera, amigo mio, y diria tambien á los hombres: Qué ¿no sois hombres? ¿Acaso Dios no os ha hecho iguales á los que nacen como vosotros, en medio del infortunio? ¿Acaso os ha marcado con una señal para la sujecion, para la pobreza, para el dolor y el oprobio? ¿Acaso sois las víctimas designadas para el sacrificio? ¿Acaso no habeis nacido con una inteligencia, con un corazon y con dos brazos? Qué, ¿soportareis la vergüenza, como uno séres envilecidos que no tienen mas voluntad que para reconocer el derecho de su degradacion? ¡Oh hombres! ¡despetad de vuestra infamia y levantad la cabeza! ¡Pueblo, levántate y

colócate delante de tus opresores! ¡Que se restablezca la igualdad de la naturaleza, y que se lleve á cabo la obra de Dios!

Sí, muy bien podria decir esto á los hombres y mucho mas, y podria enardecer las pasiones, provocar la destruccion y el crímen y el asesinato, y todo esto en nombre de la santa igualdad de la naturaleza.

¿Y qué habrá conseguido! Supongamos que se encontrase un hombre, un génio bastante poderoso para remover algun dia la humanidad y conducir á las masas populares, á esas masas violentas y desordenadas, que en una hora destruyen una obra de seis siglos, y de una sociedad forman un caos. Imaginémonos, para hacer mas seductora esta quimera, que sin violencia y sin desgracias, por un prodigio, se destruyesen repentinamente las distinciones que reinan entre los hombres, y que un dia, al despertar la naturaleza, el sol encontrase todas las desigualdades sociales colocadas bajo un nivel. Y bien, ¿no es esto realizar el magnífico deseo de los filósofos? ¿Y el mundo no deberia despues de esto, caminar con paso seguro á la felicidad?

¡Ah! en el momento en que aparece esta igualdad como un sueño agradable,

la veo huir; no era mas que una sombra. Se habia proscrito la desigualdad, y al instante se presenta. Ved la desigualdad del talento y de la fuerza, la desigualdad de la voluntad y del valor, la desigualdad de la habilidad y de la industria, la desigualdad de las vocaciones y de los deseos, la de los votos y necesidades! ¡Hé ahí nuevas clasificaciones de trabajo, de mérito y de génio! ¡Hé ahí la propiedad que se restablece! ¡Hé ahí la sucesion que se varia! ¡Hé ahí la trasmision que se multiplica. Y por último, ved la imprevision al lado de la sabiduría! Hé aquí invadido el porvenir; por una parte la miseria, por la otra la riqueza; por una parte la pobreza, por la otra la opulencia; y todo esto por el impulso solo de la naturaleza. Qué, ¡la distincion de las condiciones vuelve á aparecer como una obra de igualdad! ¿En dónde estamos?

Y no hablo de la reparticion del poder político que se verificará en esa sociedad entregada á sus inclinaciones. No: dejemos esa otra desigualdad, en que se ahoga fácilmente la razon de los filósofos; tenemos bastante con la que va á nacer de la actividad ó de la avaricia de los hombres, de su imprevision ó de su inercia.

Decidme, si la desigualdad de las posi-

ciones que constituye la única riqueza es tan pronta en establecerse, ¿no es porque brota como un producto natural de la organizacion humana? Y los filósofos para no verse desmentidos, ¿pedirán que haya entre los hombres un poder cualquiera para destruir esa desigualdad, á medida que se forme? ¡Pero ese poder, cualquiera que fuese, seria por sí mismo una enorme desigualdad! Se sobrepondria al instinto de los hombres y hasta á su propia naturaleza, y ademas, los dominaria para establecer un estado de cosas, que seria la mayor de las iniquidades; porque colocaria en estado de igualdad el vicio y la virtud; la imbecilidad y el valor, la incuria y el trabajo, la pereza y la actividad! Amigo mio, nos encontramos con pocas palabras en los límites de lo absurdo, y veo que despues de haber provocado á los que obedecen á romper la cabeza de los que mandan, cosa que puede hacerse, sin grande elocuencia, me veria como todos los sofistas, reducido á abrazar monstruos quiméricos y á abismarme en consecuencias, ante las cuales se confunde la razon.

¿Qué hacer? ¡Ah! lo mas sencillo es aceptar la condicion humana tal cual Dios nos la ha impuesto, y endulzarla solamente con las virtudes que ha prescrito, con el amor, sobre todo, la primera de todas.

Por mas que haga el hombre, por mas que dispute, no podrá cambiar su naturaleza; y por mas que luchen los filósofos contra el órden de la sociedad, bajo pretexto de una perfeccion ideal, siempre tendrán que recurrir á las leyes que la constituyen.

En este órden, amigo mio, hay grandes y pequeños, como hay fuertes y débiles. ¿Qué podemos hacer contra esa condicion de la humanidad? Nos seria mas provechoso reconocerla como una señal de esa antigua prescripcion, que le ha anegado en lágrimas, y condenado á soportar la eterna cadena del dolor.

Entonces, ya que somos desgraciados, en lugar de sublevarnos, en vano, contra esa condidion, y causarnos á nosotros mismos un tormento infinito, lo sufririamos pacíficamente, y hariamos los mayores esfuerzos para minorar su peso entre nosotros.

¡Oh! ¡cuán bello seria ver á todos los hombres dedicarse á tan útiles trabajos! Se habla solo de la miseria de los pequeños; y de los grandes ¿no es lamentable tambien? ¿En qué condicion no hay lá-

grimas? Los pequeños gimen, y los grandes aun mas. ¡La voz de la humanidad es un gran suspiro! ¿acaso todos los hombres no se deben igualmente consideracion y piedad?

Ved como el cristianismo, porque es preciso recurrir á él, cuando se trata de las miserias y de los consuelos de la vida, ved como se conforma admirablemente á esa condicion comun del sufrimiento, en la distincion natural de los rangos y de las posiciones.

Nada tiene de quimérico el cristianismo en sus virtudes y en sus consejos, todo conduce á la sencillez, á la realidad y á la práctica. No dice á los hombres que rompan la desigualdad que los oprime; les previene que giman en comun; esta es la grande igualdad del cristianismo, la igualdad del dolor, de la resignacion y de la esperanza.

Sin embargo, no dice á los grandes que el mundo se ha hecho para ellos, que deben gozar con seguridad de los bienes que se les han concedido, y que ninguna fuerza puede quitárselos. Por el contrario, les dice que los bienes son un depósito, y que deben una parte á los que nada poseen; que la riqueza es un peligro, y que todos los tesoros del mundo, el poder

y los honores nada son en comparacion de la virtud que sufre y se oculta.

¿Qué es lo que dice el cristianismo á los pequeños? No los excita contra los grandes y los poderosos; no los provoca á la envidia, vierte en sus almas la dulzura y el amor; de la miseria les forma un título honorífico, y les hace amar hasta el dolor. Y cuando á cada una de esas grandes porciones de la humanidad, les ha inspirado las virtudes que corresponden á su condicion, las reune por medio de la caridad; vierte en el alma de todos los hombres un sentimiento de afecto natural, que hace desaparecer los rangos, y sirve á todos de consuelo y de fuerza.

No digo que los pequeños son los que ganan mas en esta comunidad de la caridad. No: ciertamente no me atreveré á decirlo, porque pareceria que los pequeños son los mas desgraciados en la tierra, y tal vez lo contrario, es lo verdadero. ¿Quién conoce la profundidad del sufrimiento de los grandes, de los que llamamos ricos y felices? ¿Quién conoce el secreto de su vida, de esa vida oculta, tras los placeres y las pompas? ¡Ah! los grandes, sobre todo, son los que mas necesidad tienen del cristianismo y de su espíritu de amenidad y de dulzura, para templar

los suplicios que se ocultan en sus deleites, y los tormentos que sufren en sus goces. Los grandes, sin el cristianismo, vivirian desolados, y en cierta manera proscritos entre el resto de los hombres; el odio los maldeciria, y cuando llegasen á faltarles los placeres no tendrian mas recurso que huir del mundo y de sí mismos, como desesperados. El cristianismo acude en su auxilio, cuando todos los abandonan; comienzan á gozar de la vida, cuando el mundo parece privarlos de ella; y entonces la caridad es la que los hace renacer. ¡Infortunados! van á consolarse de la pérdida de sus riquezas y de sus voluptuosidades, buscando el contacto de la pobreza y el sufrimiento. ¡Y es tal la admirable economía cristiana, que los pequeños son los que reciben á los grandes en su seno, como si los pequeños formasen la base del cristianismo; y de este modo se realiza esa ley de amor que aproxima á todos los hombres y constituye la única igualdad posible, en la gran desigualdad de los rangos y de las condiciones.

Yo bendeciré cualquier sistema de educacion que enseñe al pueblo á considerarse á sí mismo, bajo la accion protectora del cristianismo. Y sin duda no serian

necesarios grandes esfuerzos para inducirlo á semejantes pensamientos. Los comprende por sí mismo, por la grande experiencia que ha tenido de la vida; tambien seria preciso, amigo mio, que sus maestros no convirtiesen su condicion en una horrible fatalidad. El hombre se inclina naturalmente á todo lo que le parece que puede endulzar su condicion presente. El cristianismo no ha venido á contrariar esa inclinacion, que algunas veces es mas noble; dejando al valor su energía, añade la resignacion, virtud mas dificil, y que nunca puede ser la apatía desesperada é idiota del fatalista. Esto es lo que debe decirse al pueblo; vos se lo decís, vos, su primer maestro. Si todos los que lo enseñan, se lo dijesen á la vez, me parece que todo ese conjunto de enseñanza, borraria la desconfianza entre los hombres, sin quitarles la emulacion, y reviviria la caridad sin extinguir la libertad del mérito y la actividad de las virtudes y del génio.